

Tres mundos distintos
Mariela Mirones

El niño que vendía naranjas

—Levántate. —Nato desarropa a Nicolás de un tirón—. Cómo te gusta la cama, pedazo de haragán. —El niño, aún con los ojos cerrados, estira su cuerpo—. ¡Carajo, te dije que te levantases! Necesito el reje de amarrar las patas a las vacas, búscalo.

Él se va despertando de a poco, y se limpia las perezas de la noche con la punta de la manta, como si sus ojos hubieran arrastrado arenas. Descalzo, con frío, dando tumbos, camina cual navegante sin brújula.

—No lo alcanzo.

—Chiquillo pendejo. Usa una vara y descuélgalo. Si no, al que voy a colgar es a ti.

El pequeño, empujándose sobre sus pies, logra descolgarlo y se lo lleva. No deja que le vea la cara: húmeda por el primer llanto del día. Recuerda a su madre y murmura como si ella estuviera a su lado: «Quiero irme contigo, mamá. Ya me cansé de vender naranjas. Estoy hartito, no quiero seguir cargando yucas. Yo sé dónde él guarda el papel amarillo que le dejaste con tu dirección y la de mi hermana». Nicolás cubre su delgada camiseta con una toalla vieja.

Es una mañana fría y lluviosa. Se escucha el bramar de las vacas, los terneros, como si fuera el eco tantas veces repetido de una queja ancestral. La barriga del chiquillo gruñe. Como todos los días, le arde el estómago. Muy cerca del rancho, una de las pocas vacas lecheras sobreviviente en el potrero y su ternero esperan el ordeño. Nicolás acompaña a Nato. Lleva la vasija, sin olvidar que debe esperar que el tío termine para tomar, como un ternero más, su leche.

De regreso a la casa, el ya no tan pequeño sobrino busca la radio, su fiel compañera. Frota varias veces las baterías, endereza el alambre que sirve de antena, logra prenderla y escucha la voz de todos los días: «Hoy recibiremos las donaciones de libros que serán entregados a las escuelas. No dejen de traer el suyo. Los libros cuentan historias de héroes y nos muestran bosques de altos árboles frondosos que les hablan a los viajeros. Recuerden también visitar el parque Urracá de la avenida Balboa. Ahora cuenta con diferentes juegos para divertir a los niños». El muchacho fantasea con un día en el cual pueda abrir uno de esos libros. Sueña con ver cómo es todo eso.

El olor de la comida penetra el estómago vacío de Nicolás. ¿Hasta cuándo tendrá que aguantar hambre? Camina rápido hasta el nido de las gallinas. Regresa, alarga su delgado brazo y le entrega el huevo al viejo de la casa para que se lo fría.

—Ya te dije, pendejito, que tienes que aprender a hacerte tu propio huevo. Yo soy tu tío, no tu cocinero, mierda. Hoy será la última vez que lo hago —gruñe, y le arrebató el huevo con fuerza. Terminan de comer.

—Voy a la huerta, no dejes que el fogón se apague. Le eché un santo de palo al que le dicen Antonio. No sirve para un carajo. Por más que le he rogado, no me ha curado los males: me siguen jodiendo las rodillas y la espalda. Déjalo quemarse. Era de tu mamá. Un par de horas después, el niño se sorprende al descubrir que el palo con cara no se quema. Lo mira como si estuviese vivo. Lo saca del fuego, vigilando la puerta. Le echa agua, lo esconde, porque es un recuerdo de su madre.

El chasquido de la leña y el traqueteo de la olla lo despiertan del encanto del santo que ha rescatado y le ha sonreído. Corre, retira la olla de los frijoles y, aterrado, los encuentra negros y humeantes. Está perdido. Se restriega los ojos. Gotas salobres escapan y se esconden en su boca. Limpia su rostro con las dos manos.

Intenta sacar un poquito de frijoles, los ablanda con agua. El color de la noche aparece en la olla, como presagio. Nervioso, se arrima a una de las esquinas del rancho, solo le queda esperar. Es casi mediodía, él no demora.

Escucha sus cutarras acercarse. En la puerta, Nato mueve su nariz como si oliera el infortunio. Sacude el sudor de su cara de hambre, cuelga la chácara y el garrotillo. Nicolás, impulsado por el miedo, le habla desde lejos.

—Perdóneme, tío, los frijoles se quemaron, ¡perdóneme, perdóneme!

—¡¿Perdóneme?! ¿Y qué carajo hacías? ¿Qué voy a comer? Vas a ver que nunca más los dejarás quemar. Eres un estorbo, no sirves para nada.

Coge el garrotillo y va hacia Nicolás. Este, sollozando, se mueve de un lado a otro, trata de esquivarlo. Nato, irritado y jadeante, lo acorrala, lo agarra, lo arrastra hasta una silla. Con rabia e insultos chabacanos, lo cuerea en las piernas, el cuerpo. Él grita de dolor, se protege con los brazos, gime desesperado.

—¡Perdóneme, tío, perdóneme! ¡Ya no me pegue, ya no me pegue!

En uno de los chicotazos, el muchacho saca valor, estira con fuerza las piernas y logra tambalearlo. Escapa loma abajo. Se esconde en el matorral. Busca un palo y lo espera. Gotas de sangre tiñen el escondite.

Avanzada la tarde, Nicolás regresa. Cauteloso, se queda en la puerta. Nato levanta el rostro del cuaderno donde escribe. Con una mirada fría y distante, con un gesto brusco del brazo, lo deja entrar.

Al rato, mueve con fuerza el dedo índice, advirtiéndole con autoridad intimidante:

—Va a venir una maestra que está apuntando a los niños para la escuela. Si llega, no salgas. Tú no estás en esa edad. El trabajo de la finca es tu escuela.

—El año pasado me dijo lo mismo. Quiero ir a la escuela —expresa con voz entrecortada.—

—Te has puesto muy contestón. Aquí se hace lo que yo digo, no te busques otra rejera.

Indiferente, continúa escribiendo. El niño siente curiosidad por lo que hace su tío y le pregunta con voz trémula.

—¿Cómo se escribe mi nombre?

Este, dándoselas de importante, lo escribe en un pedazo de hoja y se lo entrega. Un intento de sonrisa asoma a los labios del muchacho. Agarra el papel y celosamente lo aprieta en sus manos. Los ojos le brillan. Escucha su comentario.

—Mañana temprano voy al pueblo a contratar la chiva que se llevará la cosecha a Panamá. Volveré antes de que anochezca. Ahí te dejo leche y yuca sancochada. No inventes bajar al río. Está lloviendo con tormenta.

Una vez solo, Nicolás mira su cuerpo lleno de marcas negras y azules. Sus manos duras, secas, llenas de callos, sus uñas negras. En un pedazo de espejo, observa que el cabello le llega hasta por debajo de las orejas, le pica, es una estopa de coco. La poca ropa que tiene ya no le queda, sus únicas zapatillas tienen huecos. No sabe leer ni escribir. «Fuera de aquí hay escuelas, iglesias, parques, carreteras, carros, los niños tienen amigos». Eso cuenta la radio.

«Tengo que irme». Con el borde de la camiseta seca con rabia sus ojos. No seguirá soportando esa vida que le hace tanto daño. Su mirada deja atrás la oxidada puerta de zinc y viaja en la distancia habitada por la nada.

Más tarde, el hambre lo lleva a la olla de la leche, esta se le desliza y cae al suelo. Angustiado agarra un pedazo de yuca dura y fría como la mano de un muerto, la mastica con desgano, sin llenarse. La zozobra en la que vive y su propia impotencia lo van minando. Se siente vencido, derrotado.

Aunque su tío le advirtió no ir al río, decide retar su suerte. Está aburrido. Hablará con el río y las lagartijas. Les contará de la cuera, cómo se defendió, y sus planes. En el camino, cosecha y come guayabas. Sultán, el perro de la finca, a su lado, no para de orinar, marcando territorio. Nicolás quiere ver, desde el borde resbaloso, cómo al tirar las piedras, estas se zambullen en el río y espantan a sus amigas las lagartijas. Se ríe mucho cuando lo hacen. A mitad del camino se devuelve: «Mejor no». Aún le duelen los moretones de la última rejera. No se dejará pegar otra vez. Sabe cómo defenderse y lo hará.

Con ganas de tomar leche, va al corral debajo del árbol de corotú, donde está la Cachuda, una vaca mansita que permanece echada con la ubre bien llena. La soba y espanta los bichos. Se acuesta a su lado. Coloca su cabeza cerca de la teta y la pone en su boca. Succiona hasta llenarse, se queda dormido y sueña. «Ven acá, sobrino, para darte un abrazo, te traje galletas, tus refrescos preferidos, vamos a bañarnos al río. Irás a la escuela. Tú y yo seremos ricos». Su mamá y su hermana también lo abrazan, y él a ellas.

Al despertarse, ha oscurecido. Mira a todas partes. Se muerde las uñas. Corre hacia la vieja casa. Nato no llega aún. Recuerda los cuentos del Chivato y la Tulvieja que le cuenta el tío cuando

está de buen humor. «Los hombres no tienen miedo», «Los miedosos son ahuevaos». El miedo hace ver cosas, y él no quiere ver nada. Cierra la puerta, que no tiene tranca. Se acuesta en la hamaca enfriada por la noche. Empieza a contar hasta donde ha aprendido, gracias a la radio y a la venta de naranjas. Lo hace de cinco en cinco hasta llegar a cien, que es un saco lleno. Sultán está con él. Así pasan las horas. A él le parecen días. Escucha el grito de alguien. Busca el palo de San Antonio, lo aprieta. Recuerda a su madre.

Desde la hamaca, fija sus ojos en el techo, en el cual aparece un sombrero del tamaño de una rueda de carreta, con luces que relampaguean. El sombrero, con la copa hacia abajo, gira como si fuera un abanico viejo. Nunca había visto algo así, empieza a temblar. Oye como si alguien estuviera moviendo el trapiche. Se encoge en la hamaca, se arropa hasta la cabeza. Su corazón sigue alterado, sus párpados son mariposas en vuelo rápido. La puerta de zinc se golpea, como si una mano invisible la estrujara con saña. Un pájaro desgarrar los espacios invisibles. Clama ayuda en su aleteo de viento huracanado. Parece estar muy cerca. La puerta aumenta su furia y no para. El río arrastra basura, espanta la noche. Nicolás derrama su soledad sobre la manta llena de agujeros. Tiene ganas de orinar y la letrina está afuera. «Ojalá estuvieras aquí, mamá», murmura y se acurruca con el palo, que coloca sobre su pecho.

Hay pasos cerca de la puerta, está a punto de orinarse. Sultán ladra, se calla y vuelve a ladrar. La puerta se va abriendo.

De repente, alguien lo coloca dentro del sombrero. Sorprendido, encuentra un camino que canta, un río de mariposas y flores. Al final, la yegua Lucero, sonriente, a todo galope, corre hacia él. «¿Cómo me metí en el sombrero? Esto no es verdad. ¿En dónde estoy? Déjenme». Intenta salir, no puede. Mientras lucha para lograrlo, una sombra en la puerta mueve la cabeza en distintas direcciones. Camina siguiendo las paredes, se esfuma y vuelve. ¿Será la Tulivieja? La sombra salta y se mete en el sombrero. A Nicolás le falta el aire, lo recorre un escalofrío; el orine caliente se desliza por sus piernas. El sombrero se apaga.

El rasgar de un fósforo interrumpe la noche; la lámpara se enciende y derrite el sombrero. Nicolás está en el suelo.

—¡Mamá, eres tú! El tío me dijo que te habías ido a Panamá. Me quiero ir, mamá, o habrá problemas.

—Tú me llamaste, hijo.

—Él no quiere que estudie. Me pega, me grita y paso hambre. Llévame contigo. Venderé periódicos, limpiaré zapatos y estudiaré. Estoy aprendiendo a contar. Ya sé escribir mi nombre y puedo sumar naranjas.

En ese instante, llega Nato, sacudiéndose el agua.

—El río está crecido. ¿Te ha dado por hablar solo?

—No, con mi mamá. Ella traía un sombrero y un traje largo morado, pero no sé a dónde se fue—. Se secó los ojos y escondió el palo con la manta.

—Ya es hora de que lo sepas, tu mamá se murió hace dos años, estamos solos. No tienes a nadie, envejecerás conmigo.

—Yo la vi. No es mentira, ella me habló, vino porque yo se lo pedí.

—Será su alma. Ya no quiero hablar más. Ella está muerta. Acuéstate.

El niño, con el palo escondido bajo la manta, se acostó. No paraba de llorar. «Mamá, mamá, ¿por qué me dejaste?, ¿a dónde voy?, quería estar contigo. Hermana, ¿dónde estás? Ayúdame. Me tengo que ir, voy a escapar». Esa noche no pudo dormir, lloraba sin consuelo.

Al día siguiente, su tío lo levantó más temprano que nunca. Cosecharon las naranjas y cargaron los caballos con los motetes llenos. A pesar de ser delgado, tenía músculos y fuerza. Él arriaba los caballos montado en Lucero. Barranco arriba, barranco abajo, los caballos resbalan, estornudan, sacándose el sudor.

Entregan la carga. Así como esa, en adelante entregan muchas más hasta acabar la cosecha. En el pueblo, cambian las naranjas a los sacos, los cargadores las suben al carro. Colocan una lona amarrada sobre la carga. Nicolás ayuda y deja una esquina floja. Su tío le da dinero para comer.

Cuando los cargadores se van a la tienda, se encarama por la esquina floja. En segundos, hace espacio. Saca a San Antonio de donde lo había escondido y se mete con él entre los otros sacos.

—¡Nicolás, Nicolás! ¡Trae a Lucero, que nos vamos! ¡Nicolás! —llama el tío—. ¿A dónde iría este chiquillo? ¡Ya verá!

Este tiembla, abrazado al palo. No se mueve. Cuenta los minutos. Ansía oír el motor del carro. Vuelve a escuchar muy cerca la voz de su tío.

—¡Me la vas a pagar, pendejo de mierda!

La chiva no quiere arrancar: en cada intento, tose, ronronea. Por fin, se escucha el ruido del arranque. El conductor va despacio. Un humo negro sale del envejecido carburador. A medida que avanza y aumenta velocidad, el humo se vuelve blanco hasta desaparecer. El pasajero de incognito se tranquiliza. Pasado un tiempo, asoma la cabeza, con lágrimas de alegría, contempla con asombro el camino lleno de muchas cosas nuevas. Lleva consigo el papel amarillo, el palo de San Antonio y la ilusión de estar con su hermana en el mundo retratado por la radio.

Ganga rebuscada

Son las seis de la tarde. Clavija y Chato, vendedores informales de Curundú, consiguen un montón de sacos de papas y de cebollas, blancas y moradas. Los guardan en un viejo garaje dedicado a reparar cualquier cosa que llegue. Para vender la mercancía, deben trasladarla cuanto antes. Por ello, acuden al usurero del barrio en busca de dinero prestado. Este, con barba y bigotes encanecidos, pantalones cortos, chancletas y una gorra sucia heredada de María Carter Pantalones, les resuelve su necesidad.

—Ya saben cuáles son mis condiciones, ¿no? —recalca con su usual mirada aterradora, y con una voz muy pausada, fúnebre, que transmite oscuridad.

—Claro, claro. Ahí tienes, sin costo, estas tres bolsas con productos.

—Si me meten en líos, los encontraré donde sea y lo pagarán.

Se marchan presurosos, pues el hombre les infunde un temor inexplicable. Especialmente a Clavija, quien lo conoce desde pequeño. Lejos del lugar, les confiesa un chisme.

—Oye, Chato, una vez alguien murmuró que este hombre se les aparece a medianoche en forma de bestia con garras a aquellos que no le pagan.

—¿Y tú crees eso? —dice, riéndose.

Clavija mira hacia atrás, como si sintiera que alguien le sigue y, nervioso, le niega a su amigo que tenga miedo.

—No sé, pero me dijeron que el año pasado, en Semana Santa, un borracho que se peleó con él apareció revolcado y rasguñado, y que todo fue por culpa de una deuda que este no le quiso pagar. Y, a otros, noche tras noche los acosa y no los deja dormir. Les respira vapores de azufre en la nuca. Incluso, uno que quiso pasarse de vivo y no le pagó, amaneció en una zanja todo mordido.

—¿Mordido por quién? ¿Por un perro?

—No. Las huellas eran de un animal desconocido.

Chato lo mira sorprendido. Es la primera vez que siente que su socio les teme a las sombras, a los aparecidos y al viejo del dinero. Caminan por la vereda que los lleva donde

un primo que tiene un cacharro en el que moverán sus productos.

Entran a una casa sin puertas, de zaguán oscuro, que está muy escondida entre ruinas de raídos edificios en El Chorrillo. Lo encuentran tirado en el sofá, con los pies en alto, mirando el programa de lucha libre. Sus ojos de sueño indican una resaca en plena recuperación. Lo miran y él a ellos. Con voz pastosa y gruesa, trata de justificarse.—No es lo que están pensando. Hace varios días que no pruebo un trago. Anoche me pasó algo extraño. Mi padrastro vino montado en una camioneta nuevecita. Pitó para que la viéramos. Mi mamá y yo fuimos a verla. En el puesto del chofer no había nadie, solo la llave. Le dije a mamá: «Sube, que yo manejo». Subió. Intenté arrancar la camioneta. Parecía ahogada. Cuando arrancó, mi padrastro apareció en el sillón de atrás. Casi no lo reconocí de lo pálido que estaba. Me asusté tanto, que sentí que algo se me aflojaba allá abajo. «Bájate», me dijo, y se fue con mi mamá. Ella aún no vuelve.

Clavija y Chato reconocen que aún huele mal. Y comprenden que el pobre no se recupera del susto.

—Oye, ella no va a venir. Tú sabes que tu mamá está muerta. Anda, báñate, y arréglate, que te tenemos un buen negocio.

—Lo sé, lo sé, por eso estoy así. Qué sueño tan raro. Muy raro. Todavía siento el olor a flores del cementerio.

—Y nosotros a tu trastada. Anda y límpiate.

El hombre se incorpora con lentitud. Es un elefante somnoliento que piensa cada paso. Camino al baño, no se arrepiente de haberles dicho que su madre le advirtió en la camioneta que tuviera cuidado con negocios raros. Se queda pensativo, y se baña a oscuras, con el agua que tiene recogida desde ayer en el tanque sin tapa. Clavija y Chato lo esperan con paciencia.

—Acompáñanos a vender una mercancía que es oro puro. Ganga rebuscada.

—¿De dónde sacaron esa vaina?

—Todo legal, amigo, todo legal.

—No quiero problemas. Ya saben.

El primo heredó de su padrastro, a quien el dueño de la vida mandó a buscar, una casi carcacha que él, como ayudante de mecánico, logró revivir.

—El carro no tiene gasolina ni placa, y el motor se recalienta. Se nos puede quedar en el camino.

—Vamos a la gasolinera, lo revisamos y demuestras tus dotes de mecánico. La gasolina corre por nuestra cuenta. Compartimos el resto de los gastos y la ganancia.

Borracho por el desvelo, con los bolsillos silenciosos, se levanta del sillón. Coge una gorra descolorida y se la coloca al revés. Sale, revisa el carro, aprueba el viaje y se dirigen a la gasolinera.

—Tanque lleno, amigo.

—Solo pago al contado.

—Claro, la tarjeta se me perdió, ja, ja, ja, ja —se ríen los tres.

—Las llantas están tan lisas como la carretera. Vamos a echarle aire, aunque los gusanillos pasaron a mejor vida.

—No se preocupen, todavía aguantan. Se lo dice el mecánico. Comamos algo.

Desayunan en la fonda de la gorda Lita: hojaldre, tortilla, salchicha guisada y soda. Al terminar, se van a recoger la mercancía y la suben al carro.

—Se nos fue el desayuno. Estos sacos pesan más que la dominicana de la fonda, Rompecolchones —comenta *Chato*, sobándose con el puño de la mano derecha la parte baja de la columna, recordando la última vez que estuvo con la dominicana y que casi lo mata.

Amarran el maletero con una sogá elástica. En el puesto de atrás, colocan un saco. Por un momento, al chofer le pareció ver al marido de su madre.

Alquilan la pesa del chino José, que acepta, a cambio, varias bolsas del producto y sonrío mostrando sus dientes amarillos y dispares, llenos de brea. Él no quiere líos con ellos.

El cielo presagia un diluvio. Ya está tronando y relampaguea en seco. De seguro, se inundarán las calles.

—Vámonos para Arraiján, se ve despejado —acuerdan.

La música de reguetón los acompaña. Al llegar, van de barrio en barrio, anunciando a todo pulmón el producto tocando la bocina del carro de forma persistente.

—¡Tres libras por un dólar, cebolla blanca, papas y cebolla morada! ¡Aproveche, que se acaban!

Las amas de casa, maravilladas por el precio, salen bien con vasijas chicas, bien con vasijas más grandes, según su presupuesto.

—Están baratas. De verdad es una ganga —comentan entre ellas.

Los vendedores continúan calle por calle. Al mediodía, aún les faltan por vender dos sacos de cebolla, por lo que se internan en Cerro Silvestre.

Al caer el sol, de vuelta a Panamá, paran en un bar. Cada uno compra una fría «para calmar la sed y nutrir la garganta». Regresan al carro. La música de reguetón que vienen escuchando es interrumpida por una noticia de última hora.

—Quita eso. Deja la música —dice Chato.

El primo busca reguetón. Cerca del puente de Las Américas, nuevamente la radio suspende la música y dan otra alerta de última hora. El chofer, a quien la cerveza ha revivido, quita la noticia y señala:

—De seguro que hay tranque. Voy por mi música.

Contagiados por la letra del barrio, tararean y repiten:

—Ven, mami, ven, así, así, ven, ven, ven, mami, ven, así, así, ven, ven.

De repente, el carro empieza a toser y suelta humo negro como chimenea de fábrica. Se detienen. El primo levanta la tapa que Chato sostiene. Con un trapo en la mano, revisa el motor. Saca la pieza sospechosa, la sacude varias veces contra uno de los bordes del carro y sopla con la boca otras tantas hasta lograr enfriarla. La vuelve a colocar y funciona.

Nuevamente, se suspende la música y la radio impacta con la noticia:

—Se reportan varias personas intoxicadas en Curundú y Arraiján. Mientras se investigan las causas, se pide a la población afectada dirigirse sin demora al hospital más cercano.

El avance es casi imposible: hay tranque. Empieza a llover. Cierran los vidrios. El calor de los cuerpos y la humedad los atosigan. Los tres parecen estar en una sauna.

—Atención, atención —otra vez la noticia—. La autoridad correspondiente informa que un contenedor sin permiso sanitario, lleno de cebollas blancas, moradas y papas procedentes de... —la voz se va del aire.

—No joda, ahora sí necesitamos oír. Busca, busca otra emisora, esa noticia tiene que ver con nosotros —aseguran asustados Clavija y Chato.

El conductor, afectado por la noticia, se sale de la vía y se estaciona a un lado. Abre la guantera del carro y saca una placa ajena. Con ayuda del trapo y con gran disimulo, coloca la placa lo más rápido que puede. Al entrar al carro vocifera:

—Les dije que no quería problemas. Esto se va a poner feo.

Se reincorporan a la vía. En ese instante, se escucha la sirena de una ambulancia que viene de Panamá Oeste, precedida por un carro de la policía. Aterrados, los tres, con los ojos *pelados*, las cejas que no le caben en la frente y una mueca de sorpresa insalvable, se echan a un lado y dan paso a la ambulancia. La voz del locutor vuelve como una sentencia:

—Personas inescrupulosas han robado parte de estos artículos y los están vendiendo en un carro sin placa. Estos productos contienen una bacteria que puede causar la muerte.

Blanco y negro

—¿Él va a ser el nuevo gerente? —se escucha preguntar por los pasillos.

Todos en la empresa saben quién es Germán Casas, y lo rehúyen. Vivió muchos años fuera del país y regresó después del misterioso accidente de sus padres. Su físico cambió. Su abundante cabello entre negro y gris es diferente, aparenta más edad y hasta luce menos alto. Aunque parece otro, se sigue peinando igual. Ahora trabaja en la empresa heredada de sus padres.

El temor de su elección a la gerencia se desvanece: Domingo Baretta, el otro accionista de la empresa, es el nuevo gerente general por mayoría de votos. Germán, elegido subgerente, no esconde su descontento y abraza a Domingo, para quedar bien.

El recién nombrado gerente modifica la política empresarial, promueve un despacho de puertas abiertas, consultas de dudas, supervisión sin cascabeles de serpientes encubiertas. Esta forma de comunicación sabe a delicias *gourmet*. Por el contrario, Germán la rechaza, y suelta su crítica en la reunión de junta directiva.

—Hay que presionar al personal, descartar la contratación de estudiantes de ingeniería y arquitectura; su aporte es mínimo, son un estorbo. Podemos ahorrarnos ese dinero.

Todos se miran incrédulos, especialmente Domingo, quien empieza a sospechar que su socio conoce muy poco de la administración de empresas.

—Por ahora, el ritmo actual está funcionando. Los estudiantes son excelentes ayudantes. Esperemos la evaluación —insiste Domingo.

La empresa continúa sin dificultades. Domingo se dirige a su personal, lo saluda y lo alienta dándole palmaditas en la espalda. Se siente muy satisfecho de sus logros.

—Magníficos diseños. No hay dos como este.

Su cercanía al personal es el motor de la producción. Sin embargo, Germán no lo entiende, o no lo quiere entender por alguna razón hasta ahora desconocida.

—Necesitamos aumentar las ganancias. ¡Hay que presionar!

—Ya acordamos esperar la evaluación de fin de año —reitera la junta directiva.

—Si todo está funcionando bien, ¿cuál es tu desesperación? —le pregunta Domingo—. Tú deberías saber que la presión sin justificación, en una compañía, no ayuda ni resuelve.

Germán ha realizado cuantiosas inversiones personales. Compró un yate, usa ropa de marca, el dinero heredado ha ido desapareciendo por su adicción al juego y a las mujeres. Hoy recibió una llamada recordándole el pago de las letras del yate. Está alterado y necesita aumentar sus ingresos, sea como sea. El fin de año está muy lejos y él no puede esperar. Molesto, no logra contenerse. Da un manotazo sobre la mesa, se levanta de la silla, se vuelve a sentar. Frunce el entrecejo, aprieta los labios, sus ojos relampaguean. Domingo se sorprende. Él no era así. Su rostro desfigurado muestra las cicatrices disimuladas en la terminación de la frente, donde inicia su cabello. También en su nariz, producto de una fuerte caída, según cuenta.

Su carácter amargo no era el de sus padres, quienes siempre fueron amables y generosos. Su metamorfosis es absurda. No tiene explicación. ¿Le afectó la caída? El personal bajo su división lo resiente, y en privado le llaman el *ácido*.

A pesar de la actitud de su socio, Domingo facilita nuevas soluciones: divide la atención de jefaturas de departamentos entre ellos dos. Celebra el aniversario de la fundación de la empresa. Ese día, Germán se había mantenido distante. Ya casi al final, Domingo lo busca, intenta renovar su amistad. Le recuerda episodios compartidos de su juventud, como cuando se pelearon por el amor de Sonia, hermosa compañera de colegio, o cuando casi se ahoga en la playa. Este, de forma extraña, rehúye la conversación y parece no recordar los sucesos. Se excusa y se dirige a la mesa de licores. Otra sorpresa para Domingo, a Germán no le gustaba tomar; además, era un gran conversador. Ahora huye de todos.

En la cabeza de Domingo hierven las preguntas. ¿Dónde quedó aquel amigo y compañero de infancia y adolescencia? ¿Los golpes le afectaron la memoria? ¿En qué momento se volvió soberbio, autoritario, intimidante y poco confiable? Hay algo raro en él. Es impaciente, irritable, se enfada sin justificación. No parece sincero, especialmente después de su reacción, al percatarse de que él lo había escuchado decir por teléfono, «no te preocupes, te pagaré con un cheque en blanco». ¿A quién y para qué?, se pregunta Domingo. Al día siguiente se le vio conversar con alguien desconocido en

su oficina.

A Domingo se le agota la poca confianza que le tiene a ese hombre tan extraño. Convince a los miembros de la junta directiva para que Germán sea investigado. ¿Qué fue lo que hizo fuera del país, además de estudiar? ¿Qué lugares frecuentó? ¿Quiénes eran sus amigos? ¿Qué vida social llevó? ¿Cómo y dónde fue la caída que le marcó la cara?

La empresa continúa sin dificultades. Dos de los últimos diseños, dirigidos por el arquitecto Juan Manuel Gómez, profesional de confianza bajo la división de Domingo, han recibido el premio a la calidad, otorgado por el Colegio de Ingenieros y Arquitectos de Panamá. El prestigio de la empresa es evidente. Se firman nuevos contratos. Entre ellos, el diseño de un estadio desmontable que usa piezas de Lego, esas empleadas por los niños en sus juegos. Definitivamente, un proyecto novedoso y único. Domingo, con mucho interés y confianza, le asigna este proyecto a Juan. Les garantiza, a él y a su grupo, el pago de incentivos económicos por las exigencias del nuevo trabajo. Meses después, avanzado el proyecto, Domingo no es el mismo. Se le nota desmejorado, pálido, desencajado, más delgado y con menos energía. Ni él mismo sabe lo que le ocurre. Tampoco el médico lo sabe. Sus empleados de confianza no quieren preocuparlo, y lo saludan como siempre, como si no estuviese devorándolo una muerte lenta y persistente. En su desesperación, acude donde un chamán. Este le promete sanarlo mediante la restauración del equilibrio espiritual a cambio de una gran suma de dinero. Y él acepta. A pesar de ello, no hay mejoría. Busca entre médicos conocidos, una segunda opinión. Los nuevos estudios y tratamientos logran mejorarlo.

Germán queda encargado de la presidencia. De inmediato, toma control de todo. Exige al arquitecto que le entregue la única contraseña del archivo del estadio de los legos. Prohíbe tomar fotos. También hacer copias de cualquier proyecto, en especial, del de los legos. La política de la empresa otorga un millonario incentivo al gerente que logre el éxito en un proyecto de esta magnitud.

Germán ejecuta todo tipo de acciones controladoras. Una de ellas es la compra de un costoso nanodrón que, de forma imperceptible, y a gran velocidad, recorre los departamentos de la empresa, toma fotos, y remite su informe, hablándole diariamente al oído, describiéndolo todo con lujo de detalles, que más parecen chismes de viejas al salir de la misa que un reporte de alta tecnología.

Germán envía hombres de su entera confianza, a quienes llama «supervisores», a vigilar los puestos de trabajo. Hay tensión y falta de concentración en el personal. Aumento de ausencias y tardanzas. Se registran pérdidas. La empresa no cumple con los pagos. Se mantienen las oficinas sin aire acondicionado. Suena una sirena de barco, que anuncia la hora del almuerzo. Solo se cuenta con veinte minutos. El descontento es un volcán a punto de hacer erupción. Llueven reclamos en la oficina de Trabajo.

Las llantas del lujoso Mercedes de Germán son agujereadas con frecuencia. En el parabrisas, se lee «hasta el último hueso de tu cuerpo se romperá un día de estos». Asustado, contrata a un agente de seguridad personal, un hombre alto y fornido, inmutable como piedra, con cara de bulldog, que nadie conoce. Lo sigue al baño. Baja y sube en el ascensor con él. Lo acompaña en su auto. Permanece en la puerta de su oficina. No habla. Su chaqueta y la de Germán se notan abultadas.

La junta directiva se entera de lo que acontece. Llama a una reunión urgente. En ella, le advierte y presiona al gerente para que explique la situación. Germán, muy nervioso, responde.

—Tengan paciencia. El millonario proyecto del estadio nos solucionará todo. Pronto lo entregaremos.

Los miembros de la junta se marchan en sospechoso silencio, sin opinar. Domingo, desde su lecho de convaleciente, abre el informe que le han hecho llegar. Sus manos tiemblan. Lo que lee lo hace palidecer y sudar. No lo puede creer. Ahora lo comprende todo. Respira hondo. Lo hace dos veces más. Se limpia el rostro. Siente impotencia, dolor. Enciende su teléfono, y disca el número del presidente de la junta. Días después, el arquitecto mano derecha de Domingo es llamado de forma sorpresiva por la misma junta. Esta, además de contar con el informe de la investigación secreta que estudió a Germán, le tiene una propuesta.

Germán ordena los preparativos para la entrega del proyecto a los contratantes. No escatima en lujos. Todos esperan la presentación del diseño por el arquitecto. Mientras, brindan con champán

Dom Perignon Luminous, adelantándose a la entrega. Germán, como gerente, se muestra sonriente y amable. Saluda a todos. Sabe que su triunfo está cerca.

Reunidos en el salón de ventas, se dirige a los contratantes. Les habla en inglés fluido.

—Señores, gracias por confiar su más grande sueño a nuestra empresa. De inmediato con nosotros, el arquitecto Gómez, quien expondrá nuestro diseño.

Juan, frente a las atentas miradas de los clientes, encorbatados, introduce en el tablero inteligente la memoria USB. Se despliegan los archivos. ¡Aparece otro diseño, en lugar del esperado! Lo intenta nuevamente, con el mismo resultado. Su mirada parece suplicar por ayuda. Se dirige al gerente. Este, incrédulo, se acomoda la corbata —aunque no lo necesita—, se abrocha el saco con dificultad. Camina rápido hacia Gómez. Lo quiere liquidar con la mirada. Revisa los archivos personalmente. Comprueba que solo aparece una cancha de golf. ¡No está el estadio! ¡No está!

Con las cejas hacia arriba, inquieto, con un nido de hormigas entre las piernas, el rostro enrojecido y fuertes palpitations, busca serenidad. Alterado, se dirige a los contratantes, solicitando paciencia. Atónitos, se miran entre ellos. Se levantan. Se abrochan los sacos y dejan las copas llenas de un champán que se calienta, con el humor que sale de los cuerpos. Sin decir adiós, se marchan. El último, se da vuelta, y exige con voz implacable que el diseño se le entregue en tres días. De lo contrario, será con los abogados con quienes tendrán que lidiar.

—¡Señores, mil disculpas! —su voz es ronca, baja. Ya los inversionistas no lo oyen.

Se agacha como quien reza y se arrepiente. Murmura palabras como «investigación», «sabotaje». «Llamaré, se lo prometo».

Una vez a solas con Juan y la junta directiva que lo estudia con lupa, vocifera:

—Alguien pretende burlarse, reemplazaron el diseño original por el de una cancha de golf. Quien lo hizo es un criminal y pagará con la muerte, digo, con la cárcel —enfaticó, derramando veneno por los ojos.

Las palabras le salen entrecortadas, toma aire. De cuando en cuando, resopla por la nariz y la boca; el color de su rostro semeja el de una hoja de papel sin palabras. Su ira ponzoñosa es tan patente como las líneas oscuras que disimulan su detestable traje de calle.

Hay revuelo silencioso en la empresa. Los empleados han visto llegar a Domingo apoyado en un bastón, muy recuperado. Lo acompañan tres hombres uniformados. El asombro y el temor son colectivos. Los recién llegados se dirigen al salón de ventas. Los empleados se preguntan qué está pasando. Las miradas hablan en silencio.

Se escucha el antes sigiloso sonido del nanodrón, que llega a toda velocidad. Su inteligencia analiza la escena y decide apartarse de Germán y unirse a los visitantes, que entran al salón de ventas. Al ver llegar a los uniformados, identificados como Interpol, la circulación de la sangre de Germán se agolpa en su cara, sus párpados se paralizan, sus pupilas se dilatan, suda. El corazón se le desborda, está a punto de un colapso; intenta controlarse, mira a todas partes, busca por dónde escapar. Se toca el pecho, la cara, la cabeza, la peluca se le mueve. El rostro de bulldog intenta agarrar el revólver que guarda en la funda de pecho. Los agentes de Interpol se le adelantan y lo inmovilizan.

—Luis Alfredo Quinquilla, alias Scribble, y su guardaespaldas, Carlos Fuego, alias The Night, quedan detenidos por el homicidio en primer grado de los padres de Germán Casas, de Germán Casas hijo y la suplantación de identidad de este.